

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: Habacuc, uno que cuenta con Dios (parte 2)  
(13 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## **Habacuc, uno que cuenta con Dios (parte 2)** **(13 días)**

Día 1

Hab. 1:1-3; 2:1-5

Ya hemos conocido a Habacuc como el que expresa su queja. Profundamente conmovido dice sus preguntas por el “por qué” delante de Dios y enumera al Señor también las quejas por la situación en su pueblo y los terribles ataques de los enemigos (cap. 1). Después vimos a Habacuc como el que espera. Él está en posición sobre su guarda y espera con toda atención la respuesta de Dios (cap. 2:1-3).

### **3. Habacuc el creyente**

Mientras el profeta espera la respuesta de Dios, se le descubre el secreto de la vida con Dios: “El justo por su fe vivirá”. Él habla en primer lugar de los hombres que muestran su arrogancia y autoconfianza y que no dan lugar a Dios en su vida: “... aquél cuya alma no es recta, ... no permanecerá”. Los caldeos eran muy orgullosos por su fuerza militar. Ya habían conseguido mucho éxito. Ellos se creían invencibles. El regente babilónico Nabucodonosor dijo: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (Dn. 4:30)

No solo Nabucodonosor y los caldeos de Babilonia eran arrogantes y engreídos. La situación de nuestra sociedad moderna, que piensa con gran presunción que puede vivir sin Dios, demuestra síntomas muy parecidos: la gente no es sincera, goza de cosas que Dios aborrece. La codicia de tener posesiones los vuelve a todos inquietos e insatisfechos. Ellos se ven perseguidos por la codicia de tener muchos bienes.

En el correr de la historia había muchos que se comportaban así y llegaron al final a la ruina y a la muerte. Para Habacuc en cambio existe un camino diferente: “El justo por su fe vivirá”. (Lea Ro. 1:17; Gá. 3:11; He. 10:38.)

Día 2

Hab. 2:4; Ro. 1:16.17

“Mas el justo por su fe vivirá”, esa aclaración es la base para la nueva vida con Dios. Quizás éstas son las palabras más importantes en la historia de la iglesia. La cita de Ro. 1:17 que había dicho Habacuc ayudó a Martín Lutero para conseguir la seguridad de la justificación por la fe. Para él este texto llegó a ser “la puerta al paraíso”, así lo expresa.

Alguien dijo que Habacuc podría llamarse el “patriarca de la reforma”. La aclaración de Habacuc era para Pablo el resultado de la obra redentora consumada por el Señor Jesucristo. De que uno es justificado delante de Dios sólo por la fe en Jesús, produjo la transformación de la vida de Martín Lutero y de muchas personas más hasta hoy.

En un grupo bíblico casero los presentes meditaron acerca del significado de la frase: “justificado por la fe”. Al final una francesa dijo: “¿Quiere decir ésto que Jesús me hace aceptable delante de Dios?” Esta es la clave: nosotros nunca podremos ser justificados ante Dios por nuestros propios esfuerzos o buena conducta, sino únicamente por el sacrificio de Jesucristo en la cruz del Gólgota. Pablo afirma esta realidad varias veces en su carta a los romanos: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 3:23.24; 5:1; lea Ef. 2:4-9).

La justificación es el bondadoso obrar de Dios con los pecadores que confían que Él les otorgue Su propia justicia. ¡Hay que comunicar esta buena y alentadora noticia a todos aquellos que se esfuerzan por lograr la entrada al cielo por sus propias obras. (Ro. 8:1-4.)

Día 3

Hab. 2:4; Lc. 18:9-14

“El justo por su fe vivirá”. En la parábola del fariseo y el publicano Jesús declara a sus oyentes que ningún esfuerzo religioso puede salvar a un pecador perdido de la condenación eterna. A ninguno le será posible lograr la justificación delante de Dios, porque todos hemos nacido en pecado y estamos atrapados en miles de pecados. Pero podemos anclarnos por la fe en Jesucristo, quien por Su muerte en la cruz nos abrió la entrada al Padre. Esa noticia puede despertar nuevamente a una iglesia perezosa y secularizada, porque no solamente somos salvos por la fe, sino que estamos exhortados a vivir por fe. Se trata de una fe como estilo de vida.

“El punto central de ejercicio del estilo de vida espiritual es que la búsqueda del reino de Dios y su justicia tenga prioridad (Mt. 6:25-33). Todo depende del hecho que demos la prioridad realmente a lo que tenga prioridad. ¡Que Dios nos de la valentía, la sabiduría y la fuerza para ponerle a Él siempre en el primer lugar de nuestras prioridades: ‘buscad primeramente el reino de Dios y su justicia’ y que nos dé el entendimiento qué corresponde en esa categoría” (R. Forster).

Tenemos muchos ejemplos en la Biblia, en la historia de la iglesia, y también de las misiones, que aquellos que se ejercitaban en ese estilo de vida y tenían puestos sus ojos en el Señor, pudieron lograr mucho. El que se compromete con el Señor y Su Palabra, se ocupará de las personas a su alrededor. Leí de una mujer que tomaba muy en serio lo que Jesús dijo en Su sermón del monte: “Lo que ella irradiaba era un estilo cristiano de vida, no un cumplir con ciertos mandatos” (N. Vollkommer). ¿Se ve en mi vida una fe auténtica?

Día 4

Hab. 2:4; He. 11:1

“El justo por su fe vivirá”. *Vivir* por la fe es el tema central de la carta a los hebreos. Más de veinte veces encontramos allí la expresión “por la fe”. En la larga historia del pueblo de Israel habían personas cuya vida mostraba esa señal de reconocimiento. Vivir por la fe significaba para ellas confiar en la palabra de Dios, no actuar según sus sentimientos y manejar su vida de acuerdo al agrado de Dios, no como lo hacen los del mundo. Moisés, por ejemplo, prefirió antes sufrir con el pueblo de Dios que disfrutar de los placeres del pecado. (Lea He. 11:23-27).

Lo que significa la fe en la práctica se nos muestra en He. 11 por la vida de muchas otras personas de Israel. Los hombres y las mujeres que se mencionan ahí eran personas sencillas, pero realizaron obras extraordinarias porque confiaron en Dios e hicieron lo que Él les mandó. De ellos podemos aprender lo que significa entregarse totalmente a Dios y esperar lo imposible de Él; aferrarse a Sus promesas, pues Él nunca nos engaña.

Vivir por la fe significa también entregar a Dios el querer tener todo bajo control propio. Nos gusta demasiado guardar para nuestra aparente seguridad los hilos del control en nuestra mano. ¡Suéltelos y déjese caer!, pues usted puede confiar en Jesús, Él le sostiene

en Sus brazos. Si caemos, no caemos a la nada. Debajo de nosotros hay fuertes y amorosos brazos que nos sostienen. Los brazos del Todopoderoso, ¡qué consuelo! Realmente cada uno de nosotros lo puede experimentar. Pues estos brazos eternos son los brazos que Jesús en la cruz extiende hacia nosotros para protegernos con Su amor y perdón y darnos amparo para siempre. (Lea Dt. 33:26.27a; Is. 43:2; Jn. 14:1-3.27.)

Día 5

Hab. 2:4-19; Job 4:8.9

Después de que Dios mostró a Habacuc dos estilos de vida que no pueden concordar (v.4), enuncia cinco “Ayes” contra los impíos caldeos que habían desolado la tierra. Dios los juzgará y castigará sus pecados. “El que es dado al vino es traicionero, hombre soberbio que no permanecerá; ensanchó como el Seol su alma, y es como la muerte, ... Dirán: ¡Ay del que ...!” En un tiempo cuando todos quedaron “boquiabiertos” por los logros de los caldeos, Habacuc ya ve la derrota del poder del enemigo. ¿Acaso Dios, que es mayor que la muerte y el infierno, no será también mayor que los caldeos? En un “refrán de sarcasmo” se mencionan cinco pecados que aun hoy se extienden por todos lados.

El **primer ¡Ay!** (v.6-8) se dirige a los envidiosos, que por su codicia nunca se sacian, siempre quieren tener más. Incluso se sirven de violencia para conseguir dinero y muchos bienes. Los caldeos despojaron a muchas personas dejándolas sin nada. Pero antes de percatarse ellos cayeron los medos y persas sobre su país y los despojaron de todo lo robado. Sus obras sanguinarias los alcanzaron ahora a ellos mismos. Ya en aquel tiempo se cumplió la verdad: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gá. 6:7).

El **segundo ¡Ay!** (v.9-11) se dirige al esfuerzo de querer asegurar la propia existencia a costa de los demás. Los caldeos se apropiaron de bienes que no les pertenecían. Ellos hicieron levantar por medio de esclavos, brillantes obras de arquitectura en Babilonia. Pero “¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mr. 8:36; comp. Dt. 24:14.15; Jer. 22:13ss).

Día 6

Hab. 2:12-14; Jer. 51:58

El **tercer ¡Ay!** se trata de la explotación de personas. La ciudad de Babilonia que fue levantada con la sangre de indefensas víctimas, esclavos y presos de guerra, no prosperará, no tendrá futuro. Esto dijo Yahveh, Jehová de los ejércitos. Él es el Dios de Abraham, de Isaac y Jacob, quien se presentaba ante Moisés como el que es fiel para toda la eternidad. (Comp. Éx. 3:14.)

Los impíos caldeos podrán seguir sus egoístas propósitos, aprovecharse de personas en forma inhumana para conseguir el cumplimiento de sus anhelos, sin embargo tendrán que darse cuenta que se entregaron a una ilusión. Todos los esfuerzos serán en vano, el fuego consumirá sus gloriosos edificios. (Lea Sal. 127:1.2.)

Entremedio de los ayes y al final de este triste capítulo, Dios revela a Habacuc una visión alentadora del futuro: “La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar”. “Después que Dios le dio rienda suelta a toda la maldad destructiva y que la arrogante humanidad suelta de Dios llegó a un callejón sin salida, a pesar de toda su ciencia y técnica, el Señor revela Su gloria” (G. Maier).

Este conocimiento de la gloria de Dios permite a Habacuc vislumbrar mucho más allá de

los temporarios logros de los caldeos, la intervención de Dios. Él sabe que los fracasos de los planes humanos llevan al reconocimiento de la gloria de Dios. Él se abre camino en medio del juicio. Habacuc se siente consolado. Él se aferra a la convicción: Dios sigue estando en el control. El Señor es el regente, aunque podremos preguntar en nuestros días como Habacuc: “¿Señor, hasta cuándo ... y no salvarás? ¿Por qué no intervienes en el caos de este mundo?” (Lea Sal. 72:19; 86:8-10; 98:1-3; Zac. 14:8-11.)

“Dios mi amado Padre, yo confío en ti, tú cubres los temores y las preocupaciones, muchas gracias por eso. Nada me puede arrebatarse de tus manos, y tú llevarás tu propósito a buen término, ¡gracias Señor!”

Día 7

Hab. 2:15-20; Is. 49:26

En el **cuarto ¡Ay!** (v.13-18) Dios descubre la maldad de los hombres que maquinan los unos contra los otros. Aparentemente los caldeos llevaban una vida muy suelta. Por eso Dios advierte tanto a Israel como a los demás pueblos de las orgías y sus consecuencias: “¡Ay del que da de beber a su prójimo! ¡Ay de ti, que le acercas tu hiel, y le embriagas para mirar su desnudez!” Dios descubre la manera sacaz, malvada y perversa con que se tratan los hombres entre sí, cómo se humillan unos a otros y cuál profundo odio se abarca en el fondo. También Dios descubre que ellos destruyen brutalmente la naturaleza, las plantas y los animales, la buena creación de Dios. Pero Él se les enfrentará y los hará sufrir su propia maldad. (Comp. Ap. 16:19.)

El **quinto ¡Ay!** llega a la raíz de la lejanía de Dios (v.19.20). Judá se dejó seducir a la idolatría. Los profetas reclamaban mucho esa vergonzosa transgresión del segundo mandamiento; pero los hombres rehusaron arrepentirse. (Lea Éx. 20:4-6.) Ellos honraron dando culto, según Ro. 1:25 a las criaturas antes que al Creador.

La idolatría comenzó en aquel entonces con Lucero o Lucifer, quien fanfarroneaba: “Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, ... y seré semejante al Altísimo” (Is. 14:13.14). Pero la idolatría es pura desobediencia a Dios. Es necia y no tiene sentido. Los ídolos transmiten falsas promesas que nunca pueden cumplir. Finalmente conducen a los hombres a un camino equivocado de manera muy trágica. (Lea Is. 44:9-20; Jer. 10:1-5.) Los ídolos son reemplazo muerto del Dios vivo.

¿Cuáles ídolos o figuras veneramos? ¿Acaso son personas famosas, astros o estrellas, ídolos de fútbol que son glorificados por miles? ¿O son acaso las casas, los coches o el estatus social y la carrera profesional? Dios dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éx. 20:3). Esto quiere decir: aprender a adorar a Dios, estar junto a Él, abandonar nuestros ídolos secretos y poner al Señor en el centro de nuestra vida.

Día 8

Hab. 2:20; Sal. 46:11

Dios consuela a Habacuc en su consternación por la maldad que le rodea. Él despierta en el profeta nueva esperanza frente a estas exclamaciones de ¡Ay! Dios le da en este capítulo tres fuertes promesas: La primera afirma Su gracia que le otorga al creyente: “El justo por su fe vivirá” (v.4).

La segunda le abre los ojos para reconocer la gloria de Dios. Ella llegará a verse a pesar de todo el caos que sufre Habacuc por el momento: “La tierra será llena del conocimiento de

la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (v.14).

La tercera promesa señala el gobierno de Dios: “Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra” (v.20). El Señor tiene el gobierno para siempre. Él está en su trono. (Lea Sal. 66:7-12; Is. 40:9-11.)

Ver la situación inaguantable desde la perspectiva de Dios, poder escuchar Su voz y confiar en Sus promesas, esto influye mucho en la vida de Habacuc. Un hombre cargado de preocupaciones y temores, sintiéndose completamente impotente, se transforma en uno que adora a Dios. Profunda paz y un silencio santo lo amparan. Él percibe al Altísimo en Su trono, el Creador y Señor, el Sustentador y Juez de este mundo. Encontrarse con Él en Su santidad cambia la vida.

Estar en silencio delante de Dios cambia la perspectiva de las cosas. “Siempre debería haber en nosotros el silencio que esté abierto hacia la eternidad y que oye” (R. Guardini). El silencio ante Dios despierta nueva esperanza, otorga valentía, produce relajamiento y nos cubre de paz, que es mayor que todo el entendimiento humano (según Fil. 4:7). El silencio ante Dios no es tiempo perdido ni malgastado, al contrario, es tiempo enriquecido. Así Habacuc recibe una nueva visión por el actuar de Dios. (Sal. 62:1-2.5; Is. 30:15; Éx. 14:14.)

Día 9

Hab. 3:1-19

Una **cuarta ilustración** muestra a **Habacuc como un hombre seguro**, semejante a las ciervas que saltan livianamente por los montes altos. Cuando Habacuc comenzó a anotar la tremenda carga que pesaba sobre él, había llegado al punto más bajo de su vida. Preguntas y más preguntas le preocupaban por la gran miseria de su pueblo y por los poderosos enemigos. “¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?” (cap. 1:2.3)

Pero después encontramos a Habacuc sobre su lugar de guarda, buscando con los ojos y esperando la respuesta de Dios. Esa le da esperanza y finalmente puede decir: “Jehová el Señor es mi fortaleza, él hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar” (cap. 3:19). La situación no había cambiado, pero en su interior había ocurrido un cambio. ¿Cómo encontró Habacuc el camino desde la profundidad a la altura, de lo que habla al final del capítulo 3? **1. Habacuc adora a Dios:** “Oh Jehová, he oído tu palabra, y temí. Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia” (v.2).

No leemos de preguntas agonizantes, temores, dudas y desconocimiento. En lugar de esto él adora a Dios. Él ha escuchado la promesa: “¡Dios vendrá!” Cómo será esta llegada de Dios la describe así como el Señor se lo había revelado: “Dios vendrá de Temán. Y el Santo desde el monte de Parán. Su gloria cubrió los cielos, y la tierra se llenó de su alabanza” (v.3). Habacuc recibe una nueva visión de las cosas. “Saliste para socorrer a tu pueblo” (v.13; lea Sal. 28:7.8; He. 13:6). Dios viene. Él interviene. En esto podemos confiar.

Día 10

Hab. 3:2-15; Sal. 123:1-4

¿Cómo reacciona Habacuc a la respuesta que recibe de Dios? Él adora a Dios y expresa su admiración por la grandeza de Dios y Su actuar: “He oído tu palabra” (cap. 3:2). En los versículos 3-15 escribe Habacuc la visión que Dios le dió. Esa le ha impresionado mucho. Él

escribe también cuán impotente y débil se quedó (v.16).

Encontrarse con Dios y Su santidad no es siempre un acontecimiento gozoso. Moisés tembló en el monte Sinaí ante la santidad de Dios (He. 12:18-21). Josué se postró rostro en tierra ante el Señor (Jos. 5:13-15). Daniel queda completamente agotado y enfermo por unos días, cuando recibió una visión de Dios (Dn. 8:26.27; 10:11). Cuando Pedro, Jacobo y Juan escuchan la voz de Dios en el monte de la transfiguración “se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor” (comp. Mt. 17:5-7).

¿Tenemos nosotros un oído abierto para el hablar de Dios? ¿Nos quedamos quietos cuando Dios en Su santidad nos encuentra y cuando nos asustamos por lo que somos? ¿O puede ser que anhelemos solamente una “nueva experiencia” sin la correspondiente obediencia? “Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Is. 66:2).

A pesar de toda conmoción que siente Habacuc, él se aferra a la intervención de Dios: “Yo estaré quieto ...” (v.16). Él se mantiene expectante. En realidad podría estar desanimado, pues la situación parece no tener salida: v.17. Sin embargo Habacuc se decide: “Yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación”. ¡Confiémos que Dios en Su tiempo intervendrá! (Lea Sal. 97:11.12; 69:29-36.)

Día 11

Hab. 3:3-15; Sal. 96:11-13

**2. Habacuc medita acerca de la grandeza de Dios.** De esta manera encuentra el camino saliendo de la profundidad hacia aquella altura de la cual habla al final del capítulo 3. En su canción Habacuc describe la jornada de Israel desde el monte Sinaí hasta la tierra prometida. Él denomina con toda reverencia a Dios como el “Santo”. El profeta Isaías utiliza ese mismo concepto por lo menos treinta veces para Dios. (Lea Is. 41:14; 43:3.4a.14-17.)

La declaración de Habacuc: “Su gloria cubrió los cielos” (v.3) señala hacia el futuro cuando la gloria de Dios cubrirá todo el mundo y la creación entera entonará la alabanza a Dios. A partir del versículo 5 Habacuc nos lleva a Egipto, al país donde Dios demostró Su poder a través de Su juicio sobre sus habitantes. Las diez plagas no significaban solamente castigo para los egipcios impíos, sino al mismo tiempo debían demostrar que Dios es el Todopoderoso y Santo, y hacerles ver la insignificancia de los ídolos de Egipto.

En el Antiguo Testamento una y otra vez Dios mostró Su grandeza, al castigar a su pueblo cuando no hicieron caso a Su llamado al arrepentimiento. Desde la encarnación del Hijo de Dios revela el Señor Su gloria en Jesús: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y verdad” (Jn. 1:14).

Habacuc habla de un Dios soberano, a quien ningún poder del mundo puede alcanzar. Este Señor se enfrenta sin temor a los enemigos. “Se levantó, y midió la tierra” (v.6a), una demostración que Él controla y es el propietario de todo el mundo. Incluso los poderes de la naturaleza están bajo Su control (v. 6; lea Éx. 15:6-16).

Vale mucho observar a este Dios incomparable. En Is. 41:10-14 podemos ver Su grandeza y Su amorosa inclinación hacia nosotros.

Día 12

Hab. 3:7-15

Habacuc se acuerda de las dos naciones Cusán (probablemente Etiopía) y Madián. Su territorio se ubicaba en la ruta hacia Canaán. Ellas se asustaron mucho por la noticia de la salida de Israel de Egipto y tuvieron temor de ser avasalladas (v.7). Con palabras poéticas e ilustraciones Habacuc describe la jornada de Israel a través del desierto, cómo el Mar Rojo se abrió y ellos pudieron pasar sin problemas y cómo los egipcios murieron en las aguas. El versículo 10 hace recordar la victoria de Débora y Barac sobre Sísara que podemos leer en Jue. 4 y 5. La fuerte lluvia hizo que los carros de los enemigos no pudieran avanzar para luchar (Jue. 4:13-16; 5:4.5.21).

En los versículos 10b y 11 Habacuc se refiere al milagro que se describe en Jos. 10:12.13. Dios hizo parar el recorrido del sol, para que no se hiciera de noche, hasta que Israel hubiera vencido por completo a sus enemigos. ¿Habría tenido Habacuc ya una visión del futuro, viendo en los v.13-15 la salvación de Israel del exilio de Babilonia? De todos modos él describe en su canción al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, quien es el mismo hasta el día de hoy. Él se revela en Su creación y en la historia de su pueblo como el Señor Todopoderoso, para el que no hay nada imposible. Él es el Dios viviente al que los ídolos muertos no pueden resistir. Él es el Dios que manda a las nubes, el aire y a los vientos y que finalmente tendrá la victoria. Lo que le ayuda a Habacuc a levantarse y animarse es el reconocimiento de la grandeza de Dios.

Si nosotros lo observamos atentamente, la perspectiva de las cosas, todo cambia por completo. Entonces las impresiones negativas pierden su importancia.

¡Acostúmbrese usted a mirar a Dios, a adorarle por Su grandeza, poder y gloria! Entonces el gozo de Él se manifestará en su vida. (Lea Sal. 66:5-12.)

Día 13

Hab. 3:16-19; Sal. 91:14-16

**3. Habacuc se aferra a la fe.** Él vio la inminente catástrofe. Él vio como los enemigos caldeos se acercaron, que llevarían al pueblo al exilio y que muchos iban a morir. Su país y también el templo serían destruidos. A pesar de todo esto Habacuc se aferró a Dios y confiaba en Él. Sin tener en cuenta su profunda tristeza, se enfrentó a este “tiempo de tribulación”.

“Si Habacuc se hubiera apoyado en sus sentimientos, nunca hubiera podido confesar su fe de esta manera maravillosa. Cuando Habacuc miraba hacia adelante, veía una nación que caminaba a la derrota y esto le atemorizaba. Cuando se miraba a sí mismo, se veía temblando de temor, cuando miraba alrededor suyo, veía que todas las reglas y ordenanzas se destruían” (W. Wiersbe).

Aquí vemos el efecto que causaba la fe de Habacuc. Él podía esperar pacientemente la intervención de Dios: “El que creyere no se apresure”. “En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Is. 28:16; 30:15).

Habacuc nos enseña aferrarnos firmemente a la fe aun en circunstancias difíciles. Él, el Señor, siempre es mayor que el caos que nos rodea. (Comp. 2.Cr. 32:5-8; Jer. 17:7.8.) El Señor no pierde el control sobre este mundo. Al final del capítulo Habacuc nos declara su posición: “Con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, el cual hace mis pies como de ciervas, y en mis alturas me hace andar”.

“Dios no cambia siempre las circunstancias, pero Él nos puede transformar de tal modo que podamos vivir en las circunstancias con Él. Esto significa vivir por fe” (W. Wiersbe).